

LA HOJA VIAJERA



Marzo 2022 al cuidado de Francisco Lezcano

Nº 97

Teléfono de contacto – 687 478 954 –

por favor comunicar si la han recibido.

Es posible solicitar números precedentes

EL LADO OSCURO DE LAS MARIPOSAS - Francisco Lezcano

La villa de mi infancia, en el Monte Lentiscal, disponía de un amplio jardín, niña de los ojos de mi padre, prolífico en Rosas, geranios, calas, violetas, siemprevivas, campánulas y frutos: nísperos, guayabos, guayaba, caquis, granadas, limones y naranjas, uvas negras y uvas moscatel. Esto ante la fachada. En la trasera de la vivienda en un espacio tan amplio como el jardín, crecían todo tipo de legumbres, gracias a las manos y el saber campesino de Julia, al servicio de la casa. En primavera había muchísimas mariposas, atraídas por plantas silvestres de su gusto, colores y perfumes.

Primavera, armonía, paz y tranquilidad, son algunos de los términos que suelen asociarse con estos insectos, mayoritariamente vegetarianos. Los poetas las ensalzan. Yo mismo lo he hecho siempre. Pero ¡Qué sorpresa el día que supe de la existencia de mariposas carnívoras!

Representa alrededor de 200 tipos, dentro de un universo al que pertenecen más de 165 000 especies distintas.



Algunas hembras de esta especie pueden alcanzar poco menos de 10 cm. Se alimenta de frutos podridos, estiércol, orina y cadáveres en descomposición.

Pero no se trata de depredadoras letales. Su agilidad y velocidad limitadas las convierten en atacantes torpes, que solo tienen éxito con algunas especies de pequeños insectos.

GRACIAS A TU HOJA VIAJERA.

Digo tuya, aunque todos sabemos de sobras que también es nuestra.

En cada una se percibe con sencillez, el aroma de la inconfundible huella en la que nos destapas el alma de tu existencia, vivencias, actitudes, deseos y un sinfín de enseñanzas que en tu piel y tu memoria siguen vivas impregnándonos con ellas; haciéndonos aprender de manera fascinante y entretenida, compartiendo mediante su tacto, lo real y lo ficticio.

Con sus pinceladas de humildad nos aconsejas que apliquemos a nuestros logros una nueva vitamina añadida que nos hace mejorar; cuando una hoja detiene su viaje en nuestras manos, alimentando la vista y la razón con el auténtico sentimiento que desprende sin pedir nada a cambio de su nutritivo néctar.

Enhorabuena por tus hojas viajeras sin olvidarme de felicitar al ornitorrinco (*Ornithorhynchus anatinus*), que encabeza paciente cada una de ellas, como un signo vivo distinto y singular de inesperada mezcla de caracteres y pasiones.

Continúe en esa línea, dando pinceladas a lo sencillo, disfrutando sin hacer daño a nadie y reconociendo que siempre se puede vivir un día más, compartiendo los rincones de la emocionante vida.

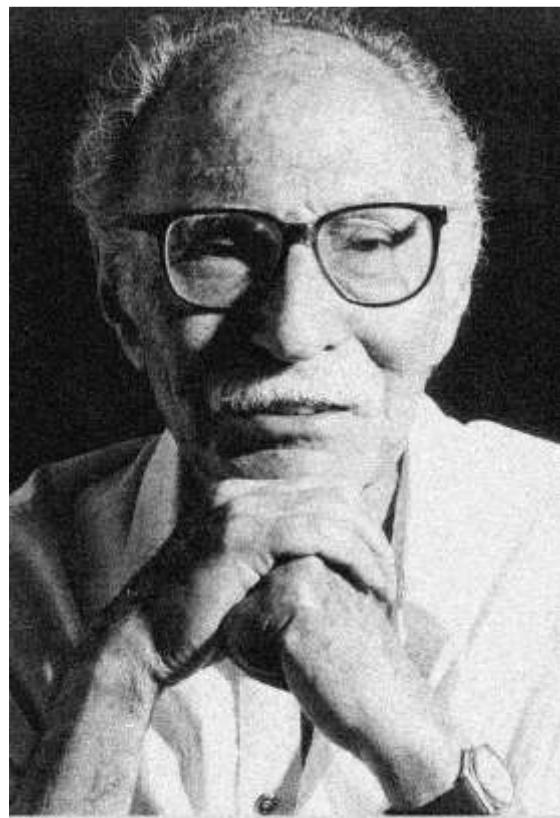
Antonio Pelliser



El ornitorringo

EL POETA Y CRONISTA RICARDO LEZCANO

Mi hermano Ricardo tenía más de 90 años cuando se fue a ese país incognito del cual nadie vuelve. Se habla mucho de Pedro y muy poco de Ricardo. aunque eran uña y carne. Ambos de una gran altura literaria e intelectual. No los olvidemos. Mucho mayores que yo, me ayudaron a descubrir la vida.



MAR DE LA INFANCIA

Quiero cantar mi mar en derredor,
Que sean mis canciones caracolas,
guardando en sus entrañas el rumor
de las blancas gaviotas y las olas.

Mar de mi infancia, canto arrullador,
rimando mis palabras, siempre solas,
hasta aprender la lengua del amor
leyendo mariposas y corolas.

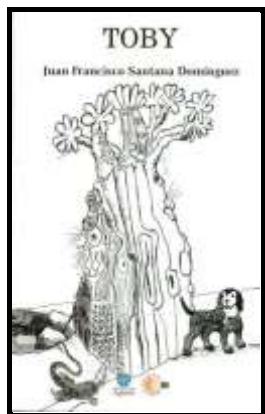
Yo me recuerdo, niño, mis miradas
jugando por el mar, ese alto muro
en cuyo cerco me sentí seguro.

Muchas cosas han sido ya olvidadas,
pero aún en mis lágrimas perdura
su recuerdo de sal y de amargura.

JUAN FRANCISCO SANTANA DOMINGUEZ



Juan Francisco Santana Domínguez nace en la isla de Gran Canaria. Entre otros, es Doctor en Historia (Sobresaliente Cum Laude por Unanimidad). Licenciado en Geografía e Historia, Licenciado en Antropología, Diplomado en Educación. Profesor universitario, escritor, poeta, investigador, historiador, biógrafo, ensayista, articulista. Ha publicado, entre otros, cuatro libros de corte histórico, dos de ellos publicados por el Gobierno de Canarias, sobre el Municipio de San Lorenzo de Tamaraceite



Portadas de algunos de sus libros.

En el fondo de lo turbio
de aquel planeta azulado
dibujado, con tizas, en el suelo
pude vislumbrar tu pensar,
todo envuelto en penumbra,
la anochecida de las barcas
fondeadas en tu imaginación
para juntos indagar en tu albedrío
en busca del saber proteico,
el no anclado a credos
ni a fórmulas caducas...
haciendo de nuestro albedrío
el amante que buscaba
en el índice de la Enciclopedia
los incunables otrora quemados;
entre las cenizas flotantes



intentabas buscar lo preciso...
las Tablas de las respuestas
a lo que pensabas era un imposible.



LA CEGUERA DEL HOMBRE

Hundir el índice en la tierra.
Depositar un grano en el agujero hecho.
Seguir a la semilla su crecimiento hacia la
luz,
óírla indagar por sus obligaciones
con el Zodíaco.

¡Cómo el tallo se vuelve tronco,
urdimbre de interminables raíces
a la búsqueda de todas las aguas,
de todos los abismos,
de todos los mensajes subterráneos
que se transmiten de cofia en cofia!

En la trama fractal
de la arbórea cabellera
que se propaga
en multiplicados brazos abiertos
y abrazos de ternura,
las cuatro estaciones hacen colores.

La brisa, con hilos de bruma
en su telar transparente,
teje velas irisadas
para los veleros del ensueño.

En cada yema vegetal,
señalando al cielo,
un poema saldrá del capullo
para hacer pétalos
y versos con aromas variopintos.

¡Qué lástima
esa ceguera del hombre
que le estorba para reconocer el modelo y,
más aún,
para comprender su mensaje!

RECUERDO

Palmeras enganchadas en las nubes.
Escaleras de basalto en palacios de cactus.
Chumberas en plegaria permanente bajo el
sol.

Un lagarto, color pizarra y barro,
atento al vuelo-helicóptero de una libélula.
En el aire, olor a piedra recalentada.
La hierba amarilla y seca, crujiendo.

De muy lejos, dos mil metros más abajo,
en el diedro empalmerado del valle,
suena una guitarra alegre,
el canto de un gallo de reloj desarreglado,
el ladrido de un perro esclavo para la caza.

Habían invisibles llamas en pleno invierno.
Canarias.

Yo, sentando al borde del acantilado,
era testigo del vuelo de águilas
que dibujaban, cero e infinito
a mis pies,
y una larga espiral
que subía y subía como la torre de Babel



Yo, en el Pinar de Tamadaba.
Mi primer asombro frente a la
Naturaleza. Tenía 12 años